

Sonría, por favor

Vale, bien, es cierto, en la vida hay cosas muy serias. Pero tampoco son tantas, ¡de verdad! Que no. Que hay que aprender a sonreír. Si, sonreír, serás feliz y harás felices a los demás.

Si nos fijamos en la cara de funeral que tantísimo personal lleva por la calle (si no lo crees, haz la experiencia de contemplar la gente que cruza delante de tu coche estando parado en un semáforo), en los autobuses, en los lugares de trabajo y hasta en sus domicilios particulares, podríamos concluir que la existencia es una tragedia ininterrumpida, que no hay finales felices (ni tampoco principios felices, lo que aún es más gordo y demencial) y que, en último extremo, todos actuamos como el tópico payaso de circo: salimos a la pista con un rictus de sonrisa pintado en la faz, pero las lágrimas van constantemente por dentro. Y esto no es cierto.

Tampoco podemos ser frívolos. Nadie dice que el nacer y el morir -y bastante de lo que hay en medio- sean asuntos para tomárselos a la ligera, a broma y chascarrillo. Tampoco es eso... Pero lo que yo veo es que el gentío se agarra unos sofocones, diría un andaluz, cabreos, diríamos en Pineda, por acontecimientos menores. Por ejemplo: ataque de nervios al canto por el mínimo raspón en la carrocería del coche (he sido espectador de algunos que me resultaron cómicos); también recuerdo los sudores de agonía de una mujer por la carrera en la media cuando entraba en la Catedral a una boda; cabreos de mono porque el agua caliente sale hoy del grifo un poco menos caliente, casi tibia; morro de enfado de dos palmos porque una gotita de aceite se ha posado en la corbata; revolución de la bilis cuando se estropea el vídeo justo en el momento en el que hay que grabar el partido de fútbol del equipo favorito; descargas airadas de adrenalina cuando el hijo adolescente pone un disco de rock duro al tiempo que nosotros empezábamos a descabezar la siestecilla... O drama descomunal porque hacía frío cuando nosotros deseábamos que hiciera calor y porque hace calor cuando soñábamos con el frío. Recuerdo, siendo un crío, el cabreo de una señora porque le pisábamos las berzas, pensábamos que se iba a tirar por la ventana, claro que esto, además de lo cómico, aumentaba nuestro afán destructor.

Claro, y si los trances menores se abordan con ceño fruncido y cuarto-kilo de malhumor, no te quiero contar la que montamos -la que nos montamos a nosotros mismos y a cuantos nos rodean- cuando nuestros proyectos se ponen verdaderamente feos, cutres, desalentadores: si aterriza en nuestros costillares la enfermedad cuando necesitamos salud a tope; si nos congelan el sueldo cuando acabamos de suscribir un crédito-vivienda; si el niño decide hacerse tornero fresador cuando nosotros lo veíamos ya de ingeniero de caminos, canales y puertos por la vida; si nos falla un amigo cuando la sensación de soledad o indefensión araña en nuestra puerta del alma como el lobo feroz... Si pasa todo eso -y puede pasar todo a la vez, incluso-, armamos la de San Quintín y nuestros lamentos desesperados se oyen en San Petersburgo.

Estaba yo dándole vueltas a este mal genio que se nos posa constantemente en el carácter cuando, acompañando a un compañero, en la sala de espera de una consulta, leí una información publicada por Diario Médico, un excelente periódico que llega a las manos de cincuenta mil profesionales cada jornada, en la que se daba cuenta de un sesudo (que se dice...) estudio de Harvard según el cual ocurre todo esto, que no es moco de pavo: «Los ataques de

cólera doblan el riesgo de infarto (...) El agravamiento de la depresión puede ser un aviso o marcador de muerte inminente por infarto, ictus o cáncer». ¡Toma ya!

El malhumor, en suma, es pésimo para la salud; o es indicio de mala salud. Pero yo, incluso, iría más allá: el genio endemoniado permanente también es horrible para la mente y para el alma, no sólo para el cuerpo serrano.

Hay un filósofo judeo-francés, H. Bergson que escribió un ensayo sobre la Risa, allí, este pensador nos habla de la necesidad que el ser humano, para vivir como tal, tiene de lo cómico. ¡Hay que hacer unas risas, hombre! Reímos, primero, de nosotros mismos: de nuestras manías, de nuestras obsesiones, de nuestros caprichos, de nuestras rabietas de niños malcriados. No se trata de ir de hienas por las calles -como dice el chiste: «¿de qué se reirá la hiena, ese animal maloliente, odiado y que se alimenta de carroña?»-; pero hay que reconocer, con toda objetividad, que el atasco del lavabo, el pinchazo del neumático y el riego de tinta de la pluma en las manos recién lavadas tienen su lado cómico. Nos reímos de todo eso cuando lo vemos en una película: ¿por qué no carcajearnos un poquito cuando nos sucede en nuestras carnes morenas?

Hasta lo más trágico, lo peor, lo irreversible puede encararse con paz, que es el origen y la fuente de la risa sana, no de la risotada histérica o perversa. Vamos, digo yo...

Un antiquísimo proverbio asegura que «un buen vaso de vino alegra el corazón». Y podríamos añadir: unas cuantas buenas risas alegran nuestro corazón y el de los demás. Personalmente, estoy un poco hasta las cejas de todos esos que van con la barba de cascarrabias todo el día puesta, sean hombres, mujeres o militares sin graduación; porque, como decimos en Pineda, aquí el único que tiene derecho a salir con barba es San Antón...

Jesús Yusta Sainz